

Rafael Salgado Olivera. *De silencio y otros ruidos: memorias de un hijo de la guerra*. Punto Cardinal Editores, 2022, 236 pp.

Mónica Delgado Ch.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Monica.delgado1@unmsm.edu.pe

ORCID: 0000-0002-1203-8634

La recomposición del padre

En un artículo sobre violencia, luto y política, se sostiene en torno al duelo que “cuando perdemos a alguien, no siempre sabemos qué es lo que hay en esa persona que se ha perdido. De modo que cuando uno experimenta una pérdida, también se enfrenta con algo enigmático: algo se esconde en la pérdida, algo se ha perdido entre los escondrijos de la pérdida” (Butler, 2003). En *De silencios y otros ruidos: memorias de un hijo de la guerra*, reciente libro autobiográfico del escritor y activista peruano Rafael Salgado Olivera, se busca recuperar ese “algo enigmático” en la pérdida y ausencia de un padre asesinado cuando el autor tenía nueve años. Así se propone un acercamiento a la recuperación de la memoria de un padre en ausencia, pero también a interpretar esta suerte de pérdida de la pérdida, y que, a través de la lectura, asumimos como doble o triple, plasmada también desde diversos sucesos recientes de la historia del país, desde el Conflicto Armado Interno hasta los abusos de instituciones laicas escolares a finales del siglo XX.

Rafael Salgado Olivera (Lima, 1983) publicó este ensayo a través de la editorial Punto Cardinal, y que se inserta dentro de los relatos de la memoria del Conflicto Armado Interno. Con prólogo de José Carlos Agüero, el libro consta de cuatro capítulos que se plantean de manera cronológica desde el hecho central que da a luz al libro: el asesinato de su padre, Rafael Salgado Castilla, miembro del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), a manos de la policía, en una comisaría de la av. España, en abril de 1993. Rafael Salgado hijo da cuenta de estos hechos desde su mirada de niño en el primer capítulo, denominado “Una historia difícil de contar”. En el segundo capítulo, “Mi historia de vida”, recupera recuerdos de infancia al lado o en ausencia de su padre, y en el tercero, describe, ya como adolescente y joven, las acciones para el pedido de justicia al Estado peruano (“Organización y denuncia”) y su filiación al colectivo Hijxs de Perú, que forma parte de una red internacional de H.I.J.O.S., que agrupa organizaciones similares en Latinoamérica. En el último capítulo, relaciona este hecho con otra denuncia que refleja un entorno constante de violencias: acoso sexual en un colegio privado de Lima, cuando era un estudiante de primaria.

A través de más de doscientas páginas, Salgado propone un retrato de sí mismo como hijo, padre y deudo, que explora una veta que reconstruye la figura paterna desde la bruma de la infancia, pero también desde los recuerdos con “alguien” que es revelado a partir de su asesinato y desaparición, desde testimonios de parientes y amigos, noticias, fotografías, expedientes judiciales y del inevitable olvido. Pero este alguien no es solo un padre a secas: es también un hijo, un trabajador, un militante, un idealista, pero también es un terrorista, un “terruco”, un emerretista, y, en algunos casos, un innombrable. Y en este sentido, la búsqueda para completar la figura del padre se vuelve un acto de imaginación, de recrear o recomponer a ese alguien perdido, desde las memorias y las emociones que le dan forma, pero también desde todo lo vivido, que dan sentido

a los hechos del pasado. “El dolor no es simplemente el efecto de una historia de daño: *es la vida corporal de esa historia*” (Ahmed, 2014), dar cuerpo a lo que no puede ser sentido por otros, y eso es lo que el autor busca encarnar. Y es dar cuerpo también a un sentido político de todo el proceso vivido, ya que el autor transmite a lo largo de las páginas que un cambio en los sentires y sensibilidades sociales es fundamental. Así, Salgado Olivera se concede este acto de imaginación, que da cuerpo a su sentimiento, desde una lectura entendida como reivindicativa, pero también como defensora de una posición en contextos nacionales de discusión de los derechos humanos o de “terruqueo” desde sectores de la derecha radical.

Sobre lo no nombrado

El historiador y escritor José Carlos Agüero sostiene en el prólogo que el libro de Salgado es una acción básica, en la medida que recompone el espacio para aquello “no dicho”, ocultado, no nombrado, olvidado, sobre todo porque, dentro del análisis de las complejidades del Conflicto Armado Interno, se ha dejado de lado el estudio de lo que movilizó al otro bando, o de la atención al registro de otro tipo de afectos, como la mirada del mismo Salgado, sobre cómo se traduce ese amor a un padre más allá de sus errores y estigmas. Agüero sostiene en algunos pasajes que este libro habla de un padre que perteneció al territorio de las personas que “excedieron el modelo previsto para la interacción política legítima”, y que denomina “personas fantasmas” o “vivos pasmados”, aquellos expulsados, borrados, evacuados “del mundo simbólico” (2022, p.7). Este término que puede ser asignado a los militantes radicales —por ejemplo, el padre de Salgado— permite la percepción también de un terreno histórico acuoso donde hay reticencias para nombrar a todos esos vivos pasmados, en estado de suspensión, a la espera de alguna anotación, recuerdo, encarnación. Y en este sentido, el libro de Salgado se convierte en una oportunidad de redefinición, incluso de ubicación del padre dentro de una historia compleja.

Aunque el trayecto más interesante del texto de Salgado es el deseo de ir más allá del testimonio, para reflexionar sobre la problemática de derechos humanos, la memoria, la violencia política, y la manera en que se elabora esta figura paterna, desde esta recodificación del pasado.

El libro de Salgado —aludiendo a su título— es el retrato de un Otro. Es un relato donde el padre es un otro ante el cual hay una exigencia por reconfigurarlo, para, precisamente, volverlo un ser más cercano, donde se brinda sentido a algunas de sus acciones, no para justificar, sino para que precisamente esa memoria familiar genere algunas respuestas. El autor describe en el primer capítulo a su padre como una persona que silencia sus actividades fuera de casa, que evade dar signos de sus militancias, de sus filiaciones políticas, para luego describir a ese otro distinto dentro de un territorio familiar y filial donde deviene en una reinención de sí mismo. Y, en ese sentido, parece que cobrara valor una premisa como esta: “Olvidar un periodo de la vida es perder contacto con los que entonces nos rodeaban” (Halbwachs, 2005, p. 170), un padre que tuvo que crear una puesta en escena de su propia cotidianeidad ante los ojos de un hijo de nueve años, y que no podía comprender en aquel momento algunas cosas. Mientras el padre optaba por olvidar como parte de una permanente forma de vida, el hijo hacía un lugar al resguardo de esa memoria para aprehender su figura.

En todo el primer capítulo, Salgado habla de cómo percibió su infancia como una vida clandestina, y donde el silencio fue una forma de vida. Hablar de su padre estaba vedado (y de los padres o familiares en situaciones similares) y, en este sentido, el libro se convierte en la configuración simbólica del padre desde ese silencio y ausencia, antes y después de su desaparición violenta: “Durante todo el resto de los años 90 vivimos silenciando nuestra historia. No solo hacia el mundo exterior, como nuestros vecinos en el barrio que no nos conocían del todo; sino también hacia dentro, en la casa casi no hablábamos de lo sucedido” (2022, p. 32) Y en este proceso de reconstrucción

simbólica, también se abre paso una dimensión afectiva, en la medida que esta omisión o evasión de un pasado o un presente implica una amnesia voluntaria. También, Salgado encuentra al escribir la posibilidad de plantear un descargo ante esta ausencia: un padre que dejó de ser padre para ser miembro de un movimiento, o el padre que dejó una familia por otra.

Si el primer capítulo está atravesado por la captura y posterior asesinato de su padre por policías, en el segundo capítulo se describe la figura del padre, tal cual había sido vivido, es decir, desde la mirada sublimada de la infancia y desde la idea de lo familiar, espacio donde se construyen los vínculos filiales y la visión primigenia del entorno social. Y, contradiciendo el amparo testimonial que le asigna Agüero en la presentación del libro, lo que logra el autor desde ese inicio intimista es configurar un espacio para la reflexión crítica en torno a la figura de un padre victimario y víctima, en un país que no cura sus heridas.

Si bien el libro de Salgado está lleno de relatos sobre la figura paterna, su ausencia y sobre el proceso de duelo y un tipo de trabajo de memoria, hay un tópico que trasciende o da forma al discurso y tiene que ver con la posición del autor a lo que también simbólicamente encarna su padre dentro de los hechos sucedidos en el interior del MRTA. En este libro, Rafael Salgado parte de una memoria autobiográfica para extender su relato hacia una serie de interpelaciones: sobre la captura, tortura y asesinato de su padre por parte del Estado, la crítica a algunas prácticas y discursos de los movimientos que luchan por los derechos humanos en el Perú, y sobre la urgencia de la discusión sobre la complejidad del Conflicto Armado Interno, donde no solo hubo un único perfil de víctimas y victimarios, lo que rompe con la idea de un maniqueísmo perpetuo.

A continuación, mencionamos algunos puntos en torno a la posición del autor sobre la figura del padre y la militancia política. A diferencia de testimonios similares publicados en años recientes —como el de José Carlos Agüero—, Salgado no llama a su padre terrorista “aun reconociendo que muchas de las

acciones en las que estuvo involucrado como militante generaron terror en la sociedad”. E indica que “...cuando hablo de mi padre, ya no hay solo orgullo por el padre y la persona que sé que fue, sino por los ideales que lo movilizaron a buscar cambios en la sociedad...” (2022, p. 193). Salgado puebla su relato desde estas memorias afectivas, desde esta recuperación de las emociones que empatizan con una causa, con una utopía inacabada, o donde la melancolía aparece como “un sentimiento, un estado de ánimo y un campo de emociones. Así, el hecho de concentrarse en la melancolía de izquierda implica necesariamente ir más allá de las ideas y los conceptos” (Traverso, 2021, p. 14). Aunque no se podría generalizar en una sola toda esa izquierda peruana, se podría intuir al relato de Salgado como visión melancólica desde los ideales del padre ausente y totalmente imperfecto, desde las disonancias entre lo que dijeron los padres y lo que finalmente hicieron, y sobre un futuro ya inalcanzable, lejos del que estos padres imaginaron para sus propios hijos.

También la posición que asume Salgado se ubica en un lugar diferente dentro de lo que Ubilluz (2021) denomina como una perspectiva humanitaria en el abordaje y análisis de un grupo de obras de no ficción y de ficción peruanas ambientadas o desarrolladas dentro del Conflicto Armado Interno. Es decir, son obras literarias que se inscriben dentro del llamado giro ético. Esta expresión le corresponde a Rancière; sin embargo, Ubilluz asume la postura de Badiou y la considera como un giro de “retorno a la ética”, aunque le añade una posición crítica, entendida como aquella donde se evacúa la política, donde prima “el derecho absoluto de la víctima” como impostura: “Mientras que en la creencia revolucionaria la política suspendía la ética, en el giro ético, la ética suspende la política” (Ubilluz, 2021, p.28). Por ello, lejos de obras de teatro, de testimonios, novelas o ensayos inscritos en el giro ético, el texto de Salgado, desde la declaración y la reflexión de tipo social, asume un lugar opues-

to como creyente indirecto de la revolución y desde esta óptica reconstruye la figura paterna, lejos del “retorno de la ética”.

En el discurso de la perspectiva humanitaria que menciona Ubilluz, se considera como primer tiempo del giro ético a la atención de las “víctimas químicamente puras” (aquellas que no eran de los bandos de Sendero Luminoso y MRTA, o de las Fuerzas Armadas) y donde la víctima es comprendida como un ser pasivo, dañado por la acción de los otros (Jelin, 2002), posición instalada por instituciones y ONG. Por otro lado, Ubilluz menciona que hay un segundo tiempo del giro ético en las obras analizadas, donde se presentan a las “víctimas también victimarias”: “Se descubre que los senderistas también pueden ser víctimas”, que los victimarios también sufren (Ubilluz, 2021, p. 35). Obras como *Memorias de un soldado desconocido* (2012), de Lurgio Gavilán; y *Los rendidos* (2015), de José Carlos Agüero —u obras de teatro como *La hija de Marcial* (2015), de Héctor Gálvez— se insertan en este segundo tiempo. Es posible que el ensayo de Rafael Salgado Olivera se inserte en este grupo de obras que interpelan a la versión oficial y, por ende, a una memoria oficial, aunque su posición agregue una variante. La mirada de Salgado permite escapar, por el momento, de la posibilidad de reconciliación, y ofrece una posición desde la rabia, la impotencia, y la tristeza ante la injusticia del Estado. Si bien para Salgado su padre también puede ser una víctima de un terrorismo de Estado, también asoma el modo de reconfigurar la figura de un padre que tuvo el derecho a una mística y una filosofía de vida basada en ideales de la revolución. Y en este sentido, *De silencios y otros ruidos: memorias de un hijo de la guerra* es un relato en oposición al mencionado giro ético. Es un espacio donde prima la política con todo su fulgor vital, la política como ruta de la revolución.

En 2003, la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR) agregó el caso del padre de Rafael Salgado a la lista de 46 asesinatos extrajudiciales, que podían judicializarse para demostrar las violaciones a los derechos humanos de las Fuerzas Armadas

en el Conflicto Armado Interno. Así, ante estas pruebas, Salgado emprende un proceso de defensa del caso de su padre ante salas penales nacionales e internacionales, donde no lo asume como “víctima, terrorista ni pacificador”, como señala en el desarrollo del capítulo tres. Como indicamos líneas arriba, no considera a su padre un terrorista, puesto que su libro también es una exposición de comprensión de esta historia reciente desde sus matices y complejidades, lejos de polaridades o simplismos: “Crecí aceptando su muerte como un acto heroico; como un destino del camino que eligió y que permitió que mucha gente siga viviendo” (2022, p. 35).

Ubilluz sostiene que, en estos procesos creativos, sobre todo desde la literatura testimonial, películas y obras teatrales sobre el Conflicto Armado Interno, se ha priorizado el valor del giro ético, entendido como disolución de cualquier atisbo político. En este sentido, considera que son pocas las obras que escapan de este giro ético y menciona a *La sangre de la aurora* (2013), novela de la escritora Claudia Salazar, que aborda el perfil de un grupo de mujeres senderistas desde una posición que la salva “de ser una narrativa más del giro ético” (Ubilluz, 2021, p. 129). Para Ubilluz, las obras del giro ético plantean que toda revolución o emancipación termina en un desastre humanitario, es decir, la caída de cualquier héroe y la renuncia a la posibilidad del cambio desde una mística. Por ello, Ubilluz sostiene que “No es difícil asir que el giro ético tiende a funcionar como un reparo a la política de emancipación radical”, y lo propone también como una entrada para la sospecha de cualquier proyecto político, de verlo como una “amenaza letal”. Dentro de la narrativa del giro ético, en *De silencios y otros ruidos: memorias de un hijo de la guerra* la noción de *víctimas químicamente puras* —o de *victimarios que devienen en víctimas*— queda fuera. Y más bien se abre paso a una composición más performativa de este padre a quien Salgado conoció poco, y que se plasma desde una idealización o nuevo cuerpo capítulo a capítulo.

La búsqueda de esta materia figural es lo que implica el ejercicio de crear nuevos cuerpos visuales, desde la aceptación del padre como un ente representable a través de este libro, y que al autor le permite repensar también los procesos de intención revolucionaria como una forma de asir un futuro menos trágico desde esta melancolía que al final de cuentas tiene la función de dar valor a lo político. Y, sobre todo, el rol de comprender la entrega total a la revolución también como una forma de concebir al padre.